

RESEÑAS

PAPADOPOULOS, GEORGE, "The Advent of Mass Higher Education", The OECD Observer, Organisation for Economic Co-Operation and Development, París, Núm. 66, octubre, 1973, pp. 27-30.

En este artículo George Papadopoulos, Delegado de Asuntos Educativos de la OECD, expone sus puntos de vista respecto del advenimiento de la educación superior masiva, después de asistir a la conferencia sobre las estructuras Futuras de la Educación Post-secundaria.* efectuada en París del 26 al 29 de junio de 1973.

De acuerdo con Papadopoulos, el desarrollo futuro de los sistemas de educación superior o post-secundaria, parece ser el resultado de los siguientes fenómenos:

- crecimiento masivo de la demanda de oportunidades en la educación superior;
- modelo rápidamente cambiante del mercado de trabajo (sobre todo en los países industrialmente avanzados),
- y fracaso de los sistemas de educación superior en cuanto a satisfacer las aspiraciones de los estudiantes (particularmente los de nuevos grupos sociales que buscan acceso) y a no adecuarse a las necesidades y a la capacidad receptiva de la sociedad por personas calificadas.

Estamos de acuerdo con lo expresado por Papadopoulos; no obstante nos gustaría añadir que el sistema social como un todo, conlleva también en este problema una gran parte de responsabilidad, pues si bien las universidades no han sabido adecuarse a las necesidades y a la capacidad receptiva de la sociedad por personas calificadas, la propia sociedad no ha sabido generar un número suficiente de trabajos; es decir su capacidad de absorción ha sido también muy deficiente debido a causas que no nos es dado abordar aquí, pero que podríamos reunir, sin embargo en la siguiente frase: resistencia al cambio.

La situación actual se desarrolla dentro de una etapa de transición que va de un sistema elitista (o selectivo) al sistema de educación superior masiva. Pero si bien los cambios son considerados como necesarios, todavía no se cuenta con las estructuras nuevas que puedan recibir y resolver adecuadamente esta problemática.

La etapa de transición es crítica; el proceso es difícil y lento, y la presión ejercida por el crecimiento y la diversidad de la nueva población estudiantil es muy fuerte.

La desaparición de los valores y los objetivos anteriores del sistema educativo es, pues, casi un hecho. La expansión efectuada durante las dos últimas décadas en la educación superior es irreversible. Cualquier disminución en la demanda dentro de los grupos de edad perteneciente a los egresados de la escuela secundaria, sería más que compensada por la creciente demanda por parte de los adultos.

Muchos países ya empiezan a promover y cubrir tal demanda, esto lo evidencia el interés en la educación revolvante (recurrent) que permite y facilita la alternación de periodos de estudio y de trabajo, inmediatamente después de terminar la educación secundaria, la proliferación de formas no tradicionales de educación y la tendencia a multiplicar las vías de acceso a la educación secundaria.

Todo lo anterior acentúa la diversidad actual del estudiantado en cuanto a sus antecedentes sociales, intereses y necesidades educativas, y exige un incremento correspondiente de ofertas educativas diversas y flexibles que puedan responder a estas necesidades.

Al esforzarse por responder a tales necesidades, la universidad intenta cumplir con la nueva función que le ha sido asignada, la "función de servicio público"; es decir su involucración en la solución de los principales problemas que enfrenta la sociedad como un todo, y su contribución al mejoramiento de la vida y al cambio social.

La expansión durante la década de 1960-1970 fue considerable, sin embargo no lo suficiente como para ser políticamente aceptable. Por otra parte parecen haber surgido nuevas formas sutiles de disparidad que prolongan la situación anterior y que dividen a los sistemas de educación superior en "nobles" y "menos nobles", aparte de que los campos de estudio más prestigiosos y que conducen hacia una carrera con más status siguen teniendo una participación supermayoritaria de las clases media superior y alta, en tanto que las clases populares se concentran en áreas que, en todos aspectos, llevan hacia las ocupaciones menos privilegiadas.

Esto hace ver que las desigualdades de participación en la jerarquía de las instituciones de educación superior están estrechamente relacionadas con las jerarquías existentes en la sociedad exterior.

A lo señalado por Papadopoulos me gustaría agregar que lo que sucede no me parece sorprendente. Nada más natural que quien ha estado marginado (no sólo de la educación superior sino de los bienes hasta ahora sólo disfrutados por las élites) no pueda entrar en una competencia que antes lo estaba prácticamente vedada y ganar en ella o lograr lugares preponderantes. Todo proceso, ya deberíamos saberlo, es lento, difícil y muchas veces doloroso.

Existen también otros problemas. En la mayoría de los países miembros de la OECD, el costo de la educación superior se ha más que duplicado y sigue aumentando, al mismo tiempo que se advierte la necesidad de dirigir los recursos hacia áreas sociales más amplias si es que el círculo de carencias ha de ser combatido efectivamente. Por otra parte, las oportunidades de trabajo no han podido mantener un ritmo de crecimiento que esté acorde con el número de inscripciones en educación superior, es decir, con las esperanzas de empleo de los estudiantes. También hay quienes temen que la política de acceso abierto lleve a una erosión en la calidad y los valores del saber y la investigación.

Ante los dilemas anteriores la solución parece radicar en gran parte en la adopción de modelos pluralistas que permiten una diversificación del acceso y de las opciones. Pero esto puede ser una arma de dos filos, pues la educación superior puede ser un instrumento de democratización (cursos cortos e instituciones no tradicionales), y la vez un medio que emplea el establecimiento educativo actual (oportunidades educativas más baratas para el grueso de los nuevos estudiantes) para defender así los valores académicos tradicionales.

Esto nos lleva a hacer un paréntesis en la exposición de Papadopoulos, o insistir en un punto ya tratado. No podemos eliminar diferencias entre las élites y los grupos populares simplemente porque hemos decidido que la situación no es democrática. Las diferencias son reales y están ahí, avaladas por un sistema social. Nuestra opinión personal es que por el momento no importa que sigan existiendo algunos privilegiados; eso, repetimos, es totalmente natural. Lo verdaderamente importante es que el sistema educativo superior admita en su seno a quienes antes les estaba vedado el acceso. El desarrollo posterior (siempre y cuando se mantenga el propósito de democratización y la sociedad exterior participe en él) hará desaparecer paulatinamente tales diferencias.

Ahora bien, para lograr la diversificación, el instrumento principal es la selección, tanto en los sistemas que adaptan el número de lugares a la demanda de graduados y el número de estudiantes al número de lugares (numerus clausus), como en los sistemas de acceso abierto; la diferencia sólo reside en los puntos estratégicos y los modos en los que se basa el proceso de selección.

Lo que actualmente se busca son procedimientos más provechosos de admisión que sean a la vez más explícitos y más socialmente aceptables, con la intención de evitar el costoso, inútil y frustrante fenómeno de la “selección por el fracaso” que caracteriza a muchos de los sistemas de acceso abierto.

Entre tales procedimientos están:

- nuevos medios que permitan una mayor transferibilidad entre los cursos,
- y rutas más diversificadas de acceso a la educación superior.
- terminación de secundaria general o vocacional,
- varios tipos de cualificación adquirida en el empleo,
- estudios individuales fuera de la escuela formal,
- diferentes tipos de entrenamiento profesional.
- cursos terapéuticos o de remedio, destinados a satisfacer y a estimular las demandas de los nuevos grupos.

La efectividad de tales políticas dependerá de la ingeniosidad que se logre en la diversificación del curriculum y en la estructura de los estudios; esto es, de establecer “las secuencias más apropiadas y las relaciones entre la educación general y la especializada, entre la instrucción teórica y la práctica, y entre la educación formal y la experiencia de trabajo. Este podría ser el asunto esencial en lo que toca al futuro de la educación

superior y del cual todos los otros dependen en cierto sentido, puesto que su solución, en última instancia, determina el flujo estudiantil hacia dentro y hacia fuera de la educación y su movilidad entre las diferentes instituciones educativas t entre la educación y el trabajo”. (1)

Pero este problema es muy ewabroso, pues supone:

-redefinir el conocimiento y sus aplicaciones pedagógicas,

-asignar nuevos papeles a la investigación

-y crear nuevos modelos de relación entro la enseñanza y la investigación,

y esto suscitará una fuerte oposición por parte de las disciplinas establecidas. El futuro de las universidades depende de este debate.

El problema es generar una diversificación que mantenga el estándar esencial y las funciones tradicionales de la educación superior dentro de un sistema de valores más pluralista (menos elitista) que atenúe el dilema entre instituciones y educación “nobles” y “menos nobles”.

El éxito del modelo que prevee la educación superior masiva dependerá de la eficacia de las medidas políticas que sostengan el desarrollo de estudios no tradicionales, dentro o fuera de las universidades, en una estrategia revolvante (que permita el regreso de quienes han dejado los estudios), y del suministro de los recursos o incentivos necesarios que aseguren la respetabilidad de tales estudios y el reconocimiento de éstos por parte de los varios grupos sociales involucrados, así como de maestros, estudiantes y empleadores potenciales.

A lo dicho por Papadopoulos quisiéramos añadir un lugar común. El problema que está en juego, desborda el marco universitario y se instala en la capacidad de toda una sociedad para afrontar cambios que afectan a su estructura global.

FPANCISCO GONZALEZ ORTIZ.

* Por educación post-secundaria se entiende generalmente la recibida después de los 18 ó 19 años.

1. Towards New Structures of Post-secondary Educations. A Preliminary statement of Issues (OECD, 1971) p. 28.